

Homilía: Año A – 03/23/2025 - Escrutinios

Éxodo 17:3-7 – Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9 - Romanos 5:1-2, 5-8 - Juan 4:5-42

Hoy celebramos el tercer Domingo de Cuaresma. Y es a partir de este tercer domingo de Cuaresma que es cuando la Cuaresma se pone realmente seria. Nos referimos a estas semanas como los "escrutinios" porque durante las próximas tres semanas, quienes se preparan para entrar en la Iglesia tienen que responder a una serie de preguntas importantes antes de estar listos para el bautismo. Pero a todos los miembros de la Iglesia se nos pide que seamos parte de ese proceso. Se nos pide a todos que nos detengamos y nos miremos a nosotros mismos. Y ahora les pido tomen un momento y piensen en esa maravillosa historia del Evangelio de San Marcos, cuando el ciego Bartimeo oye pasar a Jesús por el camino a Jericó y le grita: "¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!". Finalmente, Jesús se detiene y llama a Bartimeo. Entonces Bartimeo se acerca a Jesús y Jesús le pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?". ¡Qué pregunta! Esa frase del Evangelio de Marcos vale más que cualquiera otra.

Y así, en este tercer domingo de Cuaresma, les planteo esta pregunta: ¿Qué querían que Jesús hiciera por ustedes? ¿Qué es lo que más necesitan? ¿Dónde necesitan más

sanación? ¿Qué podría hacer Jesús por ustedes para restaurar su plenitud y saciar su sed? ¿De qué tienen miedo? ¿Y dónde puede Jesús sanar sus miedos?

Esta Cuaresma nos llama a comprometernos, porque llega a la raíz de quienes somos. Pero vamos a ir un poco más profundo, imagínense a Jesús de pie ante ustedes y preguntándoles: "¿Qué querrían que hiciera por ustedes?". ¿Cómo le responderían? Y cuando hayas respondido a esa pregunta, creo que sabrás lo que debes hacer durante el resto de la Cuaresma.

Y el Evangelio de este Domingo, nos presenta a Jesús con otro encuentro, pero esta vez es con una mujer samaritana (cf. Jn 4,5-42). Jesús, iba de camino con sus discípulos y se detuvieron junto a un pozo en Samaria. Los samaritanos eran considerados herejes por los judíos y muy despreciados, como ciudadanos de segunda clase. Jesús estaba cansado, tenía sed. Una mujer llegó a buscar agua y le pidió: «Dame de beber» (cf. 7). Así, rompiendo todas las barreras, inició un diálogo en el que le reveló a aquella mujer el misterio del agua viva, es decir, del Espíritu Santo, don de Dios. De hecho, ante la reacción de sorpresa de la mujer, Jesús respondió: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «¡Dame de beber!», tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva» (cf. 10).

En el centro de este diálogo está el agua. Por un lado, el agua como elemento esencial para la vida, que sacia la sed del cuerpo y sustenta la vida. Por otro, el agua es símbolo de la gracia divina, que da vida eterna. En la tradición bíblica, Dios es la fuente de agua viva —como dicen los salmos y los profetas—: alejarse de Dios, fuente de agua viva, y de su Ley, trajo consigo la peor sequía. Esta es la experiencia del pueblo de Israel en el desierto. En el largo camino hacia la libertad, muertos de sed, clamaron contra Moisés y contra Dios porque no había agua.

Entonces, por orden de Dios, Moisés hizo brotar agua de una roca, como signo de la providencia divina que acompaña a su pueblo y le da vida (cf. Ex 17,1-7).

Y el apóstol Pablo interpreta esa roca como símbolo de Cristo. El apóstol Pablo decía así: «Y la roca es Cristo» (cf. 1 Cor 10,4). Él es la figura misteriosa de su presencia en medio del pueblo de Dios en su camino. Cristo es, de hecho, el Templo del que, según la visión de los profetas, brota el Espíritu Santo, es decir, el agua viva que purifica y da vida. Quienes tienen sed de salvación pueden acudir libremente a Jesús, y el Espíritu Santo se convertirá en él o en ella en fuente de vida plena y eterna. La promesa del agua viva que Jesús hizo a la samaritana se hizo realidad en su Pasión: «sangre y agua» brotaron de sus costillas traspasadas (Jn

19,34). Cristo, el cordero inmolado y resucitado, es la fuente de la que brota el Espíritu Santo, que perdona los pecados y regenera a una nueva vida.

Este don es también fuente de testimonio. Al igual que la samaritana, quien se encuentra con Jesús vivo, siente la necesidad de contárselo a los demás, para que todos lleguen a profesar que Jesús «es verdaderamente el salvador del mundo» (Jn 4,42), como dirían más tarde los vecinos de aquella mujer. También nosotros, generados en una nueva vida por el Bautismo, estamos llamados a dar testimonio de la vida y la esperanza que habitan en nosotros.

Si nuestra búsqueda y nuestra sed encuentran en Cristo plena satisfacción, manifestaremos que la salvación no reside en las cosas de este mundo, que a la larga producen sequía, sino en Aquel que nos amó y siempre nos ama: Jesús, nuestro Salvador, en el agua viva que nos ofrece.

Que María Santísima nos ayude a cultivar el deseo de Cristo, fuente de agua viva, el único que puede saciar la sed de vida y amor que llevamos en el corazón.